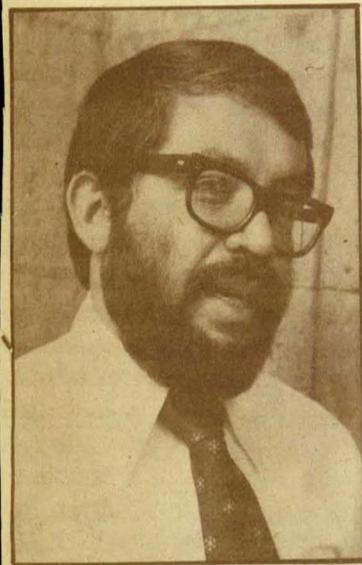


Petróleo, que todo

18-Julio - 1979

Lo Contamina...

POR MIGUEL ÁNGEL GRANADOS CHAPA



La semana pasada se cumplió un mes de que el pozo Ixtoc I, situado frente a las costas de Campeche, comenzó a incendiarse y a derramar una aceitosa mancha sobre las aguas del Golfo de México, singularmente ricas en el camarón de cuya captura deriva su existencia buena parte de la población campechana.

A la magnitud estremecedora del siniestro, que por sus dimensiones adquirió ya trágica preponderancia en la historia de la explotación petrolera mundial, se han añadido ingredientes nocivos, ecológica, económica, y socialmente, que es preciso no pasar inadvertidos en relación

con este propio caso y, sobre todo, con eventuales acontecimientos similares que, toquemos madera, esperamos no ver repetidos, pero de cuyo riesgo no estamos exentos.

En una dramática paradoja, el accidente del Ixtoc vino a significar justamente lo contrario de lo que en lengua maya se indica con la palabra que dio nombre al pozo. Ixtoc quiere decir algo pequeño, sin importancia en sí mismo que de pronto cobra relevancia y se convierte en un hallazgo valioso. En materia petrolera significará, en adelante, algo a lo que se quiso restar importancia y que la va adquiriendo mayor cada día que pasa hasta convertirse en expresión clara de peligros en los que podemos caer de no racionalizar la dimensión técnica y política de la explotación petrolera.

Lo primero que debe determinarse, con plena honestidad, es si realmente se trató de un accidente, esto es, de algo impredecible e inevitable, o si estuvieron presentes negligencias y aún malas intenciones que impidieron evitar, o propiciaron el suceso trágico de que hablamos.

Es razonable confiar en que Petróleos Mexicanos contrata sus obras de exploración con empresas responsables, capaces técnicamente de reducir al mínimo los riesgos inherentes a su tarea. No tenemos derecho, a priori, a dudar de la escrupulosidad con que se pactan labores de esta naturaleza, aunque una propensión morbosa a la maledicencia nos indujera a pensar que en ese campo haya posibles arreglos privados capaces de minar nuestra confianza en la racionalidad de dichas contrataciones.

Pero ocurre que se han publicado testimonios, no desmentidos hasta el momento de redactar estas líneas, procedentes de trabajadores que se hallaban en la plataforma de perforación del Ixtoc I, que contravienen la tesis oficial del puro accidente. Según el relato publicado en *Proceso* del 2 de julio, el siniestro pudo haberse evitado, ya que su causa estaba detectada y medió un lapso considerable entre los primeros síntomas de lo que iba a ocurrir y el momento en que ya nada pudo hacerse por evitarlo. En la narración se pormenoriza hasta el grado de nombrar a quienes participaron en el acto irresponsable que no impidió el incendio y el derrame, y hasta se avisa que hay constancias filmicas probatorias de estos dichos.

Simultáneamente, en consonancia con la duda que surge ante la aparición de versiones opuestas acerca del trágico suceso, se vela o se desestima la valoración sobre los efectos nocivos que sobre la ecología del lugar tiene el ensuciamiento de las aguas campechanas. Poco falta para que, al contrario, se nos diga que el desparramamiento aceitoso

tendrá consecuencias favorables sobre el medio ambiente, pues muy a la ligera y sin ofrecer explicaciones fundadas se desechan los temores y aun las afirmaciones razonables, por lo menos en apariencia, sobre el resultado letal que este accidente tendrá en la flora y fauna marítimas.

Aún para legos en la materia resulta lógico pensar que la aparición de un elemento nuevo en un habitat determinado altera las relaciones ecológicas establecidas allí. Suponemos que si se arrojara sobre ese ambiente marino cualquier componente por inocuo que fuese, se experimentaría una modificación en tales relaciones. Tanto más debe ser así cuanto que los ingredientes del petróleo, y su sola textura y color provocan daños inmediatos, y según algunos expertos también otros remotos e irreversibles, a todo lo que tiene vida en la zona afectada.

Este profundo perjuicio ecológico tiene costos no cuantificables al menos por ahora, sobre los cuales deberíamos tener plena conciencia. Pero no exageremos. Bastaría con que supiéramos a ciencia cierta el monto de los pagos que el accidente en sí mismo ha generado, ya que se trata de una empresa pública dotada, además, de una importante estrategia fundamental. Pero ni respecto de las causas del siniestro; o sobre el grado en que pudo ser evitado, o controlable su desarrollo; ni sobre sus consecuencias en la ecología, ni en la propia economía de la industria petrolera se proporcionan al público informes convincentes. Para empezar, se pretendió tender sobre el asunto, en sus orígenes, un velo tan obscuro como la mancha que se extiende cotidianamente sobre las aguas del golfo. Más tarde, se ha adoptado una estrategia triple: en primer lugar, se notifica parcialmente el desarrollo del suceso, lo que impide una visión global de lo que está aconteciendo allí; en segundo lugar, se hace decir a propagandistas en apariencia espontáneos, que nada grave ocurre en aquel lugar, y que todo se reduce a simple politiquería; y en tercer término, se pone en duda la buena fe de quienes, técnicos o periodistas, buscan explicaciones razonables y suficientes sobre el siniestro, o de plano se les acusa de todo género de venalidades y hasta poco menos que de traición a la patria.

Ya es un lugar común referir que PEMEX es algo mucho más que una empresa pública para la mayoría de los mexicanos. Constituye una entidad entrañablemente nuestra porque su configuración actual surgió de una decisión al mismo tiempo patriótica y lúcida del presidente Cárdenas. El que la industria petrolera sea nacional supuso no sólo un acto de soberanía, es decir de dignidad, sino también un desafío para la capacidad de los trabajadores mexicanos de organizar una tarea de la magnitud exigida por esa actividad. Aunque corrupciones y abulias, privilegios y descuidos sin cuento abren la puerta a dudar, a veces, sobre el modo en que como nación respondimos a ese reto, lo cierto es que PEMEX está allí, sólidamente implantada en nuestra economía.

En los tiempos que corren, la solidaridad de los mexicanos con PEMEX se ha acrecentado. En la última década, la importancia económica y estratégica del petróleo ha conocido sus cotas máximas. Para nuestra fortuna, PEMEX ha sido capaz de diagnosticar, y de empezar a aprovechar, riquísimos mantos petrolíferos cuyo producto seguramente no nos hará a todos jeques derrochadores como algunos creen, pero sin duda ayudará, a sí sea bien encauzado, a evitar un estallido social provocado por el desempleo y la miseria.

Por lo de antes y por lo de hoy, pues, estamos obligados a interesarnos solidariamente con lo que ocurre en la industria petrolera. En contrapartida, necesitamos que la gestión de ese negocio público sea lo más abierta posible, lo mejor intencionada posible, lo más eficaz posible. Sus responsables han de entender que el apetito generalizado por saber lo que allí sucede en general, y en particular acerca del Ixtoc, no nace de afanes mezquinos o dolosos sino de la convicción, al menos en la mayoría de los casos que allí se decide una parcela, al menos, de nuestro futuro nacional.